

COLEGIO "SAN JUAN BOSCO"
EUGENIO BUSTOS
(Mendoza - Argentina)

Eugenio Bustos, 1º de noviembre de 1971

Estimados Hermanos:

El 1º de junio del corriente año, a los 73 de su edad y en plena labor apostólica entregaba su alma a Dios el querido hermano

SAC. MARIO MONDATI



a causa de haber sido atropellado por un camión cuando volvía en automóvil de visitar una de las poblaciones dependientes de su extensa jurisdicción parroquial.

Había nacido en la ciudad de Mendoza el 24 de octubre de 1897. Hijo de don Juan y de doña Juana Mirasola, matrimonio de inmigrantes italianos, radicado en la mencionada ciudad, dedicado a la agricultura y al comercio.

Este ejemplar matrimonio tuvo ocho hijos, de los cuales dio a la Congregación cuatro; dos sacerdotes: nuestro Mario y su gemelo Juan; y dos Hijas de María Auxiliadora: Ana y Parmenia.

En 1911 Mario y su hermano ingresaron al Colegio "Don Bosco" de Mendoza, de donde en 1915 pasaron al Aspirantado de Bernal. En esa Casa de incontables recuerdos, Mario hizo el Noviciado (1917), cursó los estudios de Filosofía y los del Magisterio Normal. Ejerció luego la docencia y la práctica salesiana en el colegio "Ángel Zerda" de Salta en 1921 y 22. En este último año inició el estudio de la Teología en Foglizzo, continuándolo en la Crocetta y concluyéndolo en 1925, como asistente de novicios, en Portici-Bellavista, Nápoles, donde también recibió el Presbiterado el 1º de mayo de 1926.

Vuelto a la patria, retomó en el "Pío X" de Córdoba la docencia, siendo luego designado en 1927 consejero escolar del mismo colegio hasta el final de 1929. Al año siguiente fue designado director del colegio "Belgrano" de Tucumán. Con el mismo cargo pasa en 1934 al "Ángel Zerda" de Salta y en 1940 se le encomienda iniciar la labor salesiana, como director-fundador del colegio "Don Bosco" de la ciudad de Santa Fe. Al concluir el período legal de superior, es nombrado párroco de la actual parroquia "San Juan Bosco" de Tucumán.

Desde entonces, durante 25 años consecutivos, hasta su muerte, el apostolado parroquial será el campo en el que desarrollará sus mejores energías, sus mayores esfuerzos, respaldado por una profunda caridad y una larga experiencia de las cosas y de los hombres. En 1965 está al frente de nuestra parroquia de la ciudad de Mendoza y en 1968 viene a esta casa de Eugenio Bustos para hacerse cargo de la de "San Juan Bosco".

El paso del P. Mondati por cada una de estas misiones, tanto siendo director como párroco, está jalonado por una serie de obras socio-religiosas de destacada importancia y aún de indudable trascendencia. Primer director del colegio de Santa Fe; fundador de la Federación de Maestros Católicos de Salta, cuyos derechos defendió denodadamente y durante su presidencia se construyó el monumental mausoleo, perenne testimonio de su amor al magisterio; las obras del grandioso templo a San Juan Bosco en Tucumán; el Centro Social de Ayuda Mutua "Don Bosco" también en Tucumán, y tantas otras empresas, que sería largo enumerar, quedan como una prueba de su incansable actividad y de su sacrificado apostolado.

El P. Mario Mondati fue uno de esos hombres dotados de una enorme resistencia a los contratiempos que a todos depara la vida. Aparentaba mucha salud, pero no había tal; repetidas veces tuvo que someterse a serias intervenciones quirúrgicas. Lo que sucedía era que no daba gran importancia —o parecía no darla— a sus dolencias físicas ni a las contradicciones. Optimista hasta la audacia no se detenía cuando se trataba de emprender una obra o de dar una mano a quien la necesitase. Generoso, se prodigaba sin medir —así aparecía— las posibilidades ni las tensiones. Era un trabajador incansable y su actividad lo sostuvo, pese a los años, hasta el postrer momento: Tenía muy poco tiempo para dedicárselo a sí mismo.

No cabe duda que un tal temperamento debía poseer no poca experiencia de lo que significa aquello que se engloba bajo el rótulo poco alagüeño de fracaso. Es cierto que no siempre le sonrió la buena fortuna ni su empeño se vió coronado del apetecido éxito; pero es forzoso reconocer que jamás se lo ha visto desanimarse y menos abandonar la labor encomendada ni retroceder ante las dificultades.

No le era fácil, en consecuencia, contar con muchos colaboradores dispuestos a correr riesgos que sospechaban. De aquí cierta original forma de proceder y resolver los problemas, que lo presentaban como una persona audaz, casi hasta la aventura. Una vez concebido el proyecto lo llevaba a cabo con tenacidad, sin medir sacrificios y sin más pausas que aquellas que imponía la naturaleza de la cosa y la desconfianza de los que dudaban de los resultados buscados; llegando algunos, por temor y desconfianza, a negarle hasta la debida colaboración; y otros a retirarle la ayuda prometida hasta crearle nuevas dificultades.

Con estas condiciones no le pudieron faltar los fracasos, pero sus éxitos y aciertos no sólo los superan sino que los cubren con el empuje manto de empresas llevadas a cabo y que reclaman el reconocimiento de los que confiaron en él y también de los que dudaron o lo contradijeron.

Sería ingenuo imaginarnos que todo ello se deba a sus condiciones naturales.

El P. Mondati fue un sacerdote de profunda fe y confianza ciega en la Providencia, con la cual contaba, con candor de niño, siempre cuando se proponía algo impulsado por su amor a Dios y su caridad hacia el prójimo. No esperaba que se presentase la necesidad o se reclamase el remedio para ella; muchísimas veces se adelantaba a remediarla y aun a prevenirla.

Como salesiano vivió sus compromisos religiosos con entereza y sin resaltarles nada. Obediente, fue capaz de suspender proyectos largamente acariciados ante la voluntad de los superiores, a quienes guardaba un profundo respeto y veneración, especialmente al obispo bajo cuya jurisdicción se encontraba.

Pareciera hallarse muy por encima de lo que para otros pudo ser causa de graves tropiezos. Tuvo para sus fieles un afecto paternal, pleno de delicadeza y respeto, que lo libraron de las casi siempre infaltables sospechas y murmuraciones. Hombres y mujeres lo acompañaron en sus muchos años de actividad parroquial con entusiasmo, sin que su honor se viera menoscabado en lo más mínimo, ni que despertase otra cosa que respeto hacia su persona.

Por sus manos pasaron enormes sumas de dinero sin que ello alterase en nada su pobreza religiosa. Siempre digno en constante traje talar, nadie podía sospechar que bajo esta sencilla apariencia se ocultase todo un mundo de privaciones y sacrificios personales. No le preocupaban atuendos más o menos distinguidos a quien se prodigaba con tanta generosidad al servicio de los pobres y necesitados. Estimo que una de las primeras impresiones de esta comunidad fue la de constatar la austeridad de vida del P. Mario.

Su amor y adhesión a la Congregación se expresaban no sólo en honrarla de palabra y con el testimonio de su vida, sino que concretamente en el fraternal servicio y en la estima hacia la comunidad. Amó a los salesianos, a sus personas, con una constante disponibilidad de servicio que, sin postergaciones ni exclusividades de ninguna índole, a nadie negó y, por el contrario, se la ofreció aun a aquello que motivos tenían para no esperarla.

Este amor tenía otra vertiente: la comunidad. A nadie se le oculta que no faltan atenciones de parte de los fieles hacia sus párrocos. El P. Mondati nunca las prefirió a su vinculación con la vida de comunidad. Casi nunca, por no decir jamás, él aceptó una invitación que ocasionara su alejamiento de la mesa común, de la cual era infaltable comensal y a la cual enriquecía con su alegría y con un buen humor siempre constructivo.

En ocasión de cumplir sus 73 años, unos siete meses antes de su muerte, contestaba a una de las felicitaciones que había recibido: "Haces referencias a mi actividad apostólica. Todo lo he hecho por Dios, por los niños antes y ahora, y ahora por los feligreses. Esa ha sido mi vocación y mis aspiraciones. Así lo prometí al ingresar en nuestra amada Institución Salesiana y espero cumplir mis votos al Altísimo hasta el último día de mi vida: siempre con Don Bosco y con el auxilio de María Auxiliadora".

Fue un salesiano cabal, auténtico, y en esto se compendia y cifra su mayor panigórico. Dio a la Congregación y por ella a la Iglesia más de lo que ellas humanamente le podían pedir. El accidente que nos lo arrebató testimonio, también a su manera, que fue un fiel servidor, sacrificado en acto de servicio al sacerdocio, del cual había hecho el ideal de toda su vida.

Las honras fúnebres contaron con representación destacada por su calidad y hondo sentimiento de pesar. El Arzobispo diocesano, Mons. Dr. Alfonso M. Buteler, viajó desde Mendoza para expresar sus condolencias al P. Juan y a Sor Ana, y demás salesianos. El Secretario Inspectorial, P. Pedro Ottogalli, vino desde Córdoba con la representación de la Inspectoría. Numerosos hermanos de las casas de la zona de Cuyo y Tucumán concelebraron en dos oportunidades ante numerosa concurrencia de fieles. Todos los cuales junto con el alumnado de nuestro colegio y del de las Rdas. Hermanas de Na. Sra. del Huerto, lo despidieron reunidos en el patio de nuestro colegio, donde se leyeron varios discursos. Las autoridades civiles, además de participar en estos actos, acompañaron sus restos hasta los límites departamentales, desde donde fueron conducidos hasta la ciudad de Godoy Cruz (Mendoza) para ser tumulados en el mausoleo de la familia Mondati.

Queridos hermanos, pidamos al Señor envíe a nuestra amada Congregación muchas, fervorosas y abnegadas vocaciones como fue la del P. Mario Mondati.

Encomendado en vuestras oraciones las necesidades de esta vuestra casa.

Vuestro afmo. hermano en S.J.B.

OSVALDO SANCHEZ
Director